

**Novela.** Javier Montes narra la historia de la bailarina, nudista y pionera de la performance que marcó el Brasil de los 50.

# La mujer serpiente que hipnotizó a un país

POR **SOFÍA TRABALLI**

Cuando se trata de un personaje antaño famoso y hoy olvidado, narrar su vida puede ser un acto de reivindicación frente a las injustas lagunas de la memoria colectiva. A caso esto sea, en parte, lo que llevó a Javier Montes a escribir la biografía novelada de Dora Vivacqua, alias Luz del Fuego, quien supo escandalizar a la sociedad brasileña de mediados del siglo XX bailando desnuda con un imponente boa “por todo atuendo y compañía”. Tras su cruento asesinato ocu-

rrido en 1967, su recuerdo fue desvaneciéndose; al día de hoy, aunque existe una biografía y una película sobre ella, poco ha sobrevivido de la inclasificable Dorinha en los registros periodísticos, fotográficos y filmicos de su época. Lo que queda –laboriosamente rastreado por Montes durante varias estadias en Brasil– conforma el encofrado verídico de un relato que el autor define como una *quest*: una “mezcla de vagabundeo y pesquisa”, una historia basada en he-



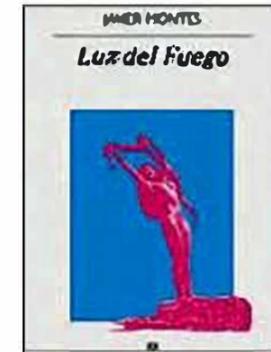
chos reales con altas dosis de conjetura y ficción. Montes describe a Luz del Fuego como una mujer descastada, que renegó de su familia de provincias para darse a una vida de *cocotte* en la palpitante Río de Janeiro.

A falta de talento artístico, encontró el suyo en la transgresión: al hacer de su desnudez un espectáculo destinado a azorar la pacatería burguesa, sin saberlo inventó “ese derribo momentáneo de lo establecido” que más tarde recibiría el nombre de performance. Adorada, deseada y repudiada, llegó a hacer giras teatrales por todo Brasil, lo que le valió la enemistad de la Iglesia católica y las Ligas por la Decencia. Visionaria, de pensamiento “anárquico y libertario”, fundó un partido político y una isla utópica, escribió libros polémicos que hoy son “rarezas inencontrables” y se adelantó años al ecologismo y al nu-

dismo como forma de vida.

No extraña que Luz del Fuego haya elegido la serpiente como animal tótem, en la medida que esta representa todo lo que la moral cristiana condena. En una escena de reminiscencias sarmientinas, Montes imagina el momento en que Dora ve por primera vez una serpiente. Como Facundo Quiroga frente al tigre, la joven experimenta una extraña consubstanciación con el ofidio, y siente entonces “el goce de haberle robado algo de su halo temible. La conciencia de que ahora es a ella a quien miran con algo distinto y quizá más deseable, con el mismo terror sagrado que a las serpientes del serpentario”.

Montes es un investigador reflexivo que se interroga sobre el porqué y el cómo narrar la historia de Luz del Fuego, y que procura comprender “el edificio social y la cúpula de ideas, de-



**Luz del Fuego**  
Javier Montes  
Anagrama  
272 págs.

seos y prejuicios que se alzó para dejarla afuera”. Algo que el texto cumple con creces, brindándonos un extraordinario panorama de la sociedad carioca, sus vertiginosas transformaciones a lo largo de las décadas y algunos de sus grandes íconos culturales, como el poeta Carlos Drummond de Andrade, Clarice Lispector y Vinicius de Moraes. Hay que decir que Montes conoce bien la *cidade maravilhosa*, donde vivió y sobre la que escribió en *Varados en Río*, que explora el derrotero de escritores allí exiliados: Manuel Puig, Rosa Chacel, Elizabeth Bishop y Stefan Zweig.

Con su prosa elaborada y cautivadora, Montes hace de Luz del Fuego un mito moderno; según las circunstancias, será Calypso, Ariadna, Medea, sin dejar de ser nunca y fundamentalmente, una indómita y provocadora Lilit tropical. Si los sectores conservadores de su tiempo vieron en ella una encarnación de la inmoralidad y el pecado, Montes rescata la increíble vigencia de sus ideas y los verdaderos principios que rigieron su vida: el derecho de la mujer a disponer de su cuerpo, la guerra a tabúes y convencionalismos, y su defensa de la fantasía bajo el lema implacable “Muera la realidad”.